Cuento sobre autonomía y responsabilidad

Cuatro pájaros y un pato sobre el cable de la luz



Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo Sastre. **Ilustraciones:** María Reyes Guijarro Ruiz.

CEAPA

Cuento sobre autonomía y responsabilidad

Cuatro pájaros y un pato sobre el cable de la luz

CEAPA
Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos

Autora:
Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:
María Reyes Guijarro Ruiz

Coordinación:
Jesús Salido Navarro
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero
Olga Gómez Gómez

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Edición:
Junio de 2014

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Salido Navarro, Elena González Fernández, Nuria Buscató Cancho, José Luis Pazos Jiménez, José Pascual Molinero Casinos, Javier González Barrenechea, Mª del Pino Gangura del Rosario, Gema Pérez Ibáñez, José Mª Ruiz Sánchez, José Antonio Felipe Pastor, Rafael Melé Oliveras, Mustafá Mohamed Mustafá, Mª Dolores Tirado Acemel, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxío Taboada Arribe, Jaume Ribas Seguí, Petra Ángeles Palacio Cuesta, Camilo Jene Perea, Santiago Álvarez Folgueras y Andrés Pascual Garrido Alonso.

Introducción

El objetivo de esta publicación es aportar un instrumento a padres y madres para promover la autonomía y responsabilidad de sus hijos e hijas de entre 6 y 12 años.

Los cuentos, al igual que el juego, son una actividad fundamental en la infancia y tienen un enorme valor para los niños como espacios y momentos privilegiados, donde poder descubrir el mundo, descubrirse y construirse como sujetos autónomos, e integrados en la cultura y en comunicación con los demás.

Educar a nuestros hijos e hijas para que sean autónomos y responsables, les capacitará para la toma de sus propias decisiones y les ayudará a que puedan valerse por si mimos/as.

La autonomía es la base para aprender de manera constante durante toda la vida. Crecer con autonomía y responsabilidades aporta un grado de madurez para enfrentarse a la vida y ser más felices.

A través de los cuentos, los niños y niñas asimilarán de una forma más rápida y práctica el verdadero significado los valores. A los padres y madres nos aporta una herramienta divertida, educativa y diferente para enseñar a nuestros hijos e hijas las habilidades necesarias para fomentar su autonomía y responsabilidad con el propósito de que adquieran una independencia adecuada a su edad y capacidad.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este cuento, aportamos una serie de preguntas que podéis formular a vuestros hijos e hijas para fomentar el diálogo y reforzar ideas positivas.

- ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?
- ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando cada uno de los personajes del cuento?

- ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que tiene en el cuento?

- ¿Qué valores nuevos ha aprendido en el desenlace de la historia?

A lo largo de todo el cuento, se producen situaciones que podréis analizar con vuestros hijos e hijas, plantear posibles alternativas y/o soluciones, y en definitiva, compartir un espacio de comunicación, diálogo y crítica constructiva.

Cuatro pájaros y un pato sobre el cable de la luz

Clara Redondo

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años



Nueve y media de la mañana. Valentín Rumbero está en clase de Conocimiento del Medio. Mirando por la ventana. No muy lejos se ven unos postes eléctricos unidos por un cable que parece dibujado a carboncillo por alguien con muy buen pulso. Muuuuy negro. Muuuuy recto. Y Valentín está piensa que te piensa en lo que le contó el otro día su abuelo.

Pero algo le interrumpe. ¡Toc-toc-toc! Y ve cómo la nariz de su padre asoma por la puerta. «Oh, no, otra vez no».

—¿Se puede? Disculpe, señorita Fina, ¿puedo entrar a darle el bocadillo a mi hijo? Se lo ha vuelto a dejar en casa.

—Grrrr —la profe Fina está a punto de gruñir como una hiena, pero se contiene—. De acuerdo, pase, señor Rumbero, pero que sea la última vez. —Y se acerca a él para decirle algo al oído—. Pero hombre, que esta semana ya van tres días que viene a traerle el bocadillo a Valentín, que acaba de cumplir doce añazos.

—Tiene usted toda la razón, señorita Fina, pero es que no lo puedo evitar. Le prometo que será la última vez.

Mientras tanto, Valentín se ha metido debajo del pupitre, pero

su padre lo encuentra fácilmente, porque un pupitre no es buen sitio para esconderse.

—Aquí tienes tu bocadillo, hijo.

—¡Papá, qué haces! Ya te he dicho que no vengas —susurra Valentín, para que le oiga solo él.

Cuando el padre desaparece por la puerta, la señorita Fina, como si no hubiera pasado nada, continúa hablando del clima y la vegetación de España, concretamente de la zona mediterránea. Para entonces, Valentín ya está mirando de nuevo por la ventana. En la línea pintada a carboncillo se han posado cinco pájaros negros haciendo equilibrio. Se entretiene escuchando. O imaginando que escucha.

—¿Píííío?

—Pío, pío, pío, pí.

—¡Píooooo!

—Cua-cua-cua. —Quizá uno de ellos era un pato.

—Pío —dice el último.



Ese último pío le recuerda lo que le contó su abuelo Fermín. Ese día, fue él solo a verlo a su casa, cosa rara, porque su padre no lo deja ni a sol ni a sombra. Tiene miedo de que a Valentín le ocurra algo malo, que le pille un camión o se cuele por una alcantarilla. Pero su padre andaba con dolor de muelas.

—Ve por el camino de siempre.

—Me conozco el camino, papá.

—Y te paras en el semáforo.

—Buf, qué pesado eres.

—Y dile al abuelo que te prepare la merienda. —Valentín se puso a bostezar a ver si se daba cuenta de que le estaba aburriendo con sus monsergas de siempre. ¿Por qué no podía tener un padre normal, como todos los padres del mundo?—. ¿Me has escuchado bien todo lo que te he dicho, hijo mío?

—Que sí, papá. Todo eso ya me lo sé. ¿Me puedo ir ya?

—Anda, vete, y a las ocho en punto te espero aquí.

Un carraspeo de la señorita Fina le saca de sus pensamientos.

—Ejem, ejem. ¿Se puede saber dónde te has ido, Valentín? Está claro que has viajado muy lejos, porque llevo un buen rato llamándote.

—Mmmm, no, señorita Fina. Estaba aquí, escuchándola con atención.

—Estupendo, así me gusta. Prosigamos. En la cuenca mediterránea...

Y Valentín se vuelve a ir por la ventana. Allí siguen las cinco aves, increíblemente sujetas a la línea pintada a carboncillo. No se han movido ni un milímetro. Se imagina entonces ahí subido a su padre, a punto de avanzar por aquella cuerda floja. Y recuerda lo de esa tarde en casa de su abuelo: tenía mucha hambre cuando llegó, así que mientras el abuelo veía la tele, él se fue a la cocina, se subió a una silla y de la silla a la encimera: quería coger unas magdalenas que el abuelo tenía guardadas ahí arriba en el armario. Había ido todo el camino pensando en ellas.

—¿Pero qué haces ahí subido, chico? —dijo de repente el abuelo, que apareció como de la nada—. ¿Quieres que te pase como a tu padre o qué?

—¿Qué dices, abuelo?

—Pues eso, que ya tuve un susto y no quiero otro. Bájate de ahí.

—Pero abuelo, de qué hablas. ¿Qué le pasó a mi padre?

—Nada. No puedo contártelo. Tu padre me lo tiene prohibido.

—Venga, abuelo, no me dejes así. Juro que soy una tumba.

—Una tumba, una tumba... Menudo susto me has dado.

—Lo siento. Pero cuéntamelo, abuelo, por favor.

—Mira, te lo voy a contar. Pero quiero esos labios sellados. Esto es un secreto entre tú y yo.

—Que sí, que soy una tumba. Venga, empieza.

—Pues sí, hijo, sí. Así fue como sucedió: a tu padre, que acababa de ser contratado como electricista del barrio, le habían encargado que pusiera las luces de Navidad por todas las calles y plazas. Así que cogió su escalera de sesenta y siete peldaños y, cuando llegó a la calle del Correveydile, apoyó la escalera en una pared y allí que se subió. A comenzar la faena.

—¿Tú estabas con él, abuelo?

—No, pero me lo contó con pelos y señales. Me dijo: «Papá, no pude resistirme. Yo tenía que poner las luces en aquel cable que unía una fachada con la otra de la calle. Y no sé qué me pasó. Lo vi tan recto, tan negro... que...». No, Valentín, ya no te cuento más, no debería.



—Venga, abuelo, no me dejes así.

—Está bien. Pero porque insistes. Me dijo: «Parecía que el cable me estaba llamando». Los que lo vieron contaron que empezó a avanzar paso a paso, muy despacio, haciendo equilibrio con los brazos, y que consiguió llegar hasta la pared. Porque para entonces, un grupo de curiosos lo había rodeado allá abajo y le gritaban que no siguiera, que se bajara...

—¿Pero cómo se atrevió, abuelo? ¿Cómo hizo eso?

—Hijo, para eso no tengo una explicación. Al parecer, su cabeza le decía que no, pero una fuerza irresistible tiraba de él hacia delante y le hizo mover sus pies por el cable. Según él, solo quería sentir el vacío debajo de sus pies. Pero ante tanto revuelo, se debió de poner nervioso y, ya de vuelta, a medio camino del cable, plaf, se cayó.

—¡Ahhh? ¿De verdad se cayó? ¿Y qué le pasó?

—Nada, se rompió un tobillo, nada más. Bueno, y se quedó sin empleo.

—Vaya, abuelo, la armó buena.

—No tenía que habértelo contado. Si se entera tu padre... —El abuelo miró al suelo y movió la cabeza de un lado a otro—. Fermín, eres un insensato —se dijo.

Desde la ventana de clase, Valentín sonríe al imaginarse a ¡su padre! subido ahí arriba, como hipnotizado sobre el cable. De repente:

—¡Atención, atención! Tengo algo que contaros —dice la profe, que ya ha acabado de contarlo todo sobre el Mediterráneo—. Ya no iremos a la granja escuela a la que vamos todos los años por estas fechas.

«¡¿Por qué, por qué?!». «¿Nos hemos portado mal?». «¡¡¡Señorita Finaaaa, eso es injusto!!!». «¡Vamos a protestar a la directora!»... Así de enfadados están todos cuando reciben la noticia.

—Peeeeero —continúa, sin hacer caso a las protestas— este año os hemos preparado una sorpresa. ¡Vais dos días a un campamento circense! Salís el día diez del mes diez a las diez de la mañana. ¿No os parece una bonita coincidencia? Los del circo vienen a recogeros y os vuelven a traer.

Entonces se hace el silencio y se callan las protestas. La señorita Fina tiene que explicar que circense se refiere al circo. Les cuenta que irán a la Escuela de Circo Caramba. Dentro de una gran carpa blanca les enseñarán a subirse a un trapecio, a mantener el equilibrio en la cuerda floja y en una pelota gigante, a hacer acrobacias y malabares con pelotas, a manejar un monociclo, a descolgarse por unas telas enormes sujetas al techo...

—¿A un mono qué? —pregunta uno.

—Un monociclo. Es una bicicleta de una rueda y que no tiene manillar, ya verás lo divertida que es cuando la pruebes —le contesta la profe.

A Valentín casi se le para el corazón al oír aquello. «¡Yo quiero! ¡Yo quiero! Pero ¿yo? ¿Cómo voy a ir yo? ¿Qué va a decir mi padre?», se dice en bajito.

—Ah, y os voy a dar esta autorización para que la firmen vuestros padres o quien esté a vuestro cargo.

Valentín pasa todo el día con el corazón acelerado por la noticia. Durante el recreo, él y todos los demás no paran de dar voltere-

tas, de jugar con pelotas hechas con el papel albal de los bocadillos y subirse en la tubería verde del patio. Valentín sobre todo. Desde que su abuelo le contó aquella historia sobre su padre, ha decidido que quiere ser funambulista. Y aprovecha cuando está en el colegio, porque precisamente su padre es que no aguanta verlo en las alturas. Siempre anda subido a los poyetes y haciendo equilibrio en la tubería verde.

A la salida, le está esperando su abuelo Fermín con la merienda en una mano y su bastón en la otra.

—Cariño, voy a tener que dejar de venir. Eres el único al que le vienen a recoger. Ya eres mayorcito, ¿no crees?

—Sí, abuelo, eso pienso yo.

—Pero cualquiera se lo dice a tu padre. Dejémoslo estar. Seguiré viniendo todas las tardes.

—Abuelo.

—Dime, hijo.

—Hoy me han dado una noticia buenísima.



—¿Buenísima? Pues tienes cara de muerto. No me aprietes tanto la mano y desembucha, que me tienes en ascuas.

Valentín le cuenta lo del circo con pelos y señales, y cuando termina, ambos caminan un trecho en silencio, porque saben cuál va a ser la respuesta de su padre.

—Abuelo.

—¿Mmmm?

—Vas muy callado.

—Estoy pensando, hijo.

Antes de llegar a casa, el abuelo le pide la autorización.

—Trae, te la guardo yo. Tú prueba suerte con tu padre, a ver qué te dice. Y se despidieron en el portal.

—¡Ni hablar! —efectivamente contesta el padre cuando se lo cuenta—. ¿Cómo te voy a dejar ir a un sitio como ese? ¿Para que te rompas la crisma? No, no y mil veces no.

—Pero, papá, tú sabes lo que me gusta el ejercicio físico.

—Sí, claro, ahora lo llamas ejercicio físico. Lo que te gusta es hacer el cabra y subirte a todo lo que está en alto. Y yo no lo voy a permitir. Lo hago por tu bien, hijo. Créeme. Tú no lo entiendes ahora, pero no quiero que te pase nada.

—Pero papá...

—No hay peros que valgan. He dicho que no vas y punto.

***

Durante los tres días siguientes, todo es algarabía en clase de Valentín. Parece que unos mosquitos voladores se han colado en la clase y no paran de darles conversación a los chavales. Que bla bla blá, que bla bla bla blá... Todos menos Valentín, que está mustio como una lechuga mustia. No se atreve a decirle a la profe Fina que él no va a ir al circo. Pero ese día, a la salida del cole, su abuelo le está esperando con el bocadillo en una mano y un papel en la otra.

—¿Hijo?

—Qué, abuelo.

—Todo arreglado. Toma la autorización firmada.

—Pero ¿y papá? No puedo hacerle esto, abuelo. Ya sabes que todo lo hace por mi bien.

—¿Quieres o no quieres ir?

—Sí, claro que quiero.

—Pues no se hable más. Ya me encargo yo de él.

Valentín sube a casa con el papel escondido en la mano y una mezcla entre miedo y gusano juguetón en el estómago. A la hora de la cena, más bien engulle los huevos fritos con patatas.

—Hijo, qué tal el día.

—Mal.

—¿Por qué? ¿Te ha puesto mala nota la profe Fina?

—No es eso, papá. Todos están planeando ir al circo. Todos menos yo.

—Ya, hijo, tú no lo entiendes, pero lo hago por tu bien.

—¿Que no lo entiendo? Pues explícamelo, que ya no soy un niño.

—No puedo, hijo. Solo sé que no quiero riesgos.

—¿Pero por qué? Si no hay peligro, el circo es un sitio para enseñar, no es una jaula de leones.

—No quiero discutir más. No vas y se acabó la conversación.

El padre de Valentín escucha el portazo y se queda mirando por la ventana. No quiere oír nada sobre ese tema. Él sabe bien por qué. Lo que no sabe es que Valentín tiene un as en la manga, y está a punto de jugar sus cartas como nunca antes las ha jugado.

***

Llega el día diez del mes diez a las diez de la mañana y todos los niños están armando un jaleo de mil demonios. Esperan que se abran las puertas del autobús que les va a llevar a Caramba. Incluido Valentín. Sí, sí, incluido Valentín.

Lo primero bueno que le pasa nada más llegar a Caramba es tropezarse con Sofía (tropezarse lo que se dice tropezarse, un buen sopetón). Es una niña de la otra clase que tiene un poquito de mal humor y a Valentín le gusta mucho. Lo segundo, que ella le dirija la palabra («¿Es que no ves por dónde vas?»). Lo tercero,

que coincidan en el mismo grupo de trabajo («Lo que me faltaba...», dice Sofía). Como tienen que aprovechar los dos días de entrenamiento, los monitores (hombres y mujeres vestidos con ropas de colores y algunos con trenzas en el pelo) los reparten en cuatro grupos y los mandan a la carpa. «Tú y tú, al grupo de malabares». Valentín se pasa todo el rato peleándose con: primero una pelota (la lanzo, la cojo, la lanzo, la cojo), después con dos pelotas (me paso la roja por arriba, me paso la blanca por abajo), más tarde con tres (¡socorro!)... A pesar de recoger muchas pelotas del suelo, se lo ha pasado en grande, porque se ha puesto enfrente de Sofía, a quien los malabares se le dan de maravilla, como si tuviera imanes en las manos. No se le ha caído ni una pelota. Y él no ha parado de mirarla.

—Eh, tú, qué pasa, ¿tengo monos en la cara?

—No, no, no tienes...

—¿Y entonces qué miras? —no le deja terminar.

—Nada, es que me gusta lo que haces con las pelotas.

—Ah, bueno, entonces vale.



—A mí es que no se me da bien. Casi nada se me da bien.

Sofía se lo queda mirando y sube la ceja izquierda.

—No me lo creo. —Y ha seguido dale que te pego con sus tres pelotas de colores.

Valentín no sigue hablando. En ese momento se acuerda de su padre y de todo el lío que ha montado con lo de la autorización. No quiere ni pensar en la cara que habrá puesto. Seguro que no se lo va a perdonar. Él no le suele llevar la contraria a su padre. Pero esta vez... No sabe qué le ha pasado. Una fuerza irresistible le ha hecho obedecer al abuelo en lugar de a su padre.

—Eeeeoooo. Qué te pasa, que te has quedado pasmao —le dice Sofía, acercándose mucho a él.

—¡¿Eh?! ¿A mí? ¿Nada!

—Venga, no seas mentiroso, algo te pasa. Cuéntamelo. Me muero de curiosidad.

—Bueno, sí, algo sí, pero yo no...

—¡Sofía y Valentín! ¡No paráis de hablar! ¡Venga, a concentrarse en las pelotas! —les llama la atención uno de los monitores.

—Luego me lo cuentas. Tiene que ser algo gordo, por la cara de alelado que has puesto.



***

Mientras esto ocurre en la carpa del circo Caramba, a unos cuantos kilómetros de allí, el abuelo Fermín y su hijo, el señor Rumbero, están a punto de ponerse a discutir.

—Hijo, siéntate, que tengo algo que contarte. —Y da dos golpecitos suaves en la silla con su garrota.

—Papá, no me asustes. ¿Estás bien?

—¡Qué narices! Pues claro que estoy bien, ¿no me ves?

—Bueno, no te pongas así. Entonces qué pasa.

—No voy a dar rodeos: yo le firmé la autorización a Valentín y ahora mismo está en el circo Caramba.

—¿Que tú quéééé?

—Lo has oído bien, no hace falta que lo repita. Lo he hecho por su bien, hijo. ¡Que no le dejas vivir, hombre!

El padre se ha levantado de la silla y parece furioso: se lleva las manos a la cabeza, recorre la cocina de un lado a otro, dice «no puede ser, no puede ser, mi hijo no», y así un buen rato hasta que por fin se para en seco.

—¿Pero cómo has hecho algo así? Es que, es que... Mira, quítate de mi vista porque voy a hacer una locura.

—Anda, hijo, deja de decir tonterías y tranquilízate.

—De eso nada, ahora mismo tú y yo vamos a recoger a Valentín antes de que ocurra una tragedia. ¡Venga, vamos! Bufff, si no fueras mi padre, te estrangularía.

***

Mientras esto ocurre en su barrio, Valentín se ha pegado a Sofía como a una lapa. Verla manejar las pelotas le ha dejado sin sentido. Han estado por lo menos tres horas o dos hasta que llega la hora del descanso. El estómago de Valentín echa de menos el bocadillo de su padre. A cambio, al fondo hay una cesta llena de manzanas, para que cada uno coja a su gusto. Valentín mira cómo la cesta se va quedando vacía. De pronto, ve a Sofía acercándose a él haciendo malabares con tres manzanas.

—¿Y qué te pasa a ti? ¿Quieres una manzana o qué? Venga, a ver si puedes coger una al vuelo —le dice cuando está cerca de él.

—Déjalo, seguro que se me cae.

—Eres un llorica. Venga, coge una.

La verdad es que tiene hambre. Y Sofía le ha puesto nervioso.

—Venga, una es para ti, no voy a estar así toda la vida.

Se arma de valor e intenta coger una en el aire, pero no acierta y se le cae al suelo. Sofía disimula una risita y él se pone colorado como un tomate.

—¿Ves? Te lo dije. No se me da bien casi nada —le contesta. Se ha puesto mustio como una lechuga mustia—. Echo de menos a mi padre. Y a mi abuelo.

—Ajá. El niñito echa de menos a papá. ¿Eso es lo que te pasaba antes? Venga, dijiste que me lo ibas a contar.

—Déjame, no se lo voy a contar a nadie. —Eso de «niñito» no le ha gustado nada.

Menos mal que termina el descanso y tienen que volver a sus grupos para empezar con los siguientes ejercicios. Al de Valentín le toca equilibrio, que consiste en intentar subirse a una pelota enorme. Primero con la barriga, y luego, los más habilidosos, intentarán subirse con los pies.

—¡Chicos, chicas, un poco de silencio! Lo que queda de mañana estaremos con las pelotas. Y por la tarde pasaremos al cable. ¿Lo habéis visto allí arriba? Pero no os preocupéis, debajo hay una colchoneta gigante, ¿la veis? Si alguien se cae, lo hará sobre blandito.

Cuando Valentín ve aquel cable que cruza de lado a lado la carpa, le empiezan a temblar las piernas. Desea con todas sus fuerzas subirse allí arriba, pero la imagen de su padre cayéndose al vacío le ha inundado la cabeza. ¡Oh, no, está altísimo», se dice.

Busca a Sofía, pero no está, así que tiene que empezar a ensayar sin ella con las pelotas enormes. Eso del equilibrio ya es otra cosa. Las pelotas le llegan al hombro, y lo de tirarse encima sobre su barriga, rodar y caer de pie no se le da nada mal. La pena es que no está Sofía. Cuando el monitor se da cuenta, pregunta por ella:

—¿Y Sofía? ¿Dónde está Sofía?

Como nadie contesta, vuelve a repetir.

—¿Sofíííiaaa?

Una vocecilla se escucha cerca, detrás de una colchoneta:

—Estoy aquí.

—Pero ¿qué haces ahí detrás? —le pregunta el monitor.

—Nada, es que... es que...—su voz no parece muy convincente—. Me duele la barriga.

—Pues quédate ahí en ese banco. La comida te sentará bien. Ya queda poco para comer.

Valentín cree que hay algo raro en la contestación de Sofía. Ya lo averiguará. De momento, se esfuerza más que antes, y la mira de reojo, para ver si ella lo mira. Sí, parece que ella no para de mirarlo.

Cuando el monitor dice que es la hora de comer, Valentín corre pitando hacia Sofía, que se ha levantado y se va muy rápido.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me sigues? ¿Es que no sabes ir tú solito al comedor?

—¿Qué te pasa a ti, que tienes tan mal humor? ¿A que no te duele la barriga?

—Déjame en paz, niñito.

—Si me cuentas qué te pasa, te cuento yo mi secreto.

—Vale, pero primero tú.

—Está bien. —Caminan unos instantes en silencio, hasta que Valentín se atreve a contarle «su secreto»—. Mi padre no sabe que estoy aquí. Mi abuelo me firmó la autorización.

—¿Lo dices en serio? ¡Cómo mola tu abuelo!

—Bueno, yo ya te he contado lo mío. Ahora te toca a ti.

Otros instantes de silencio hasta que Sofía le contesta.

—Tengo miedo a las alturas.

—¡¿Tú?! ¿¡Miedo a las alturas?!

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no, ningún problema. —Un momento de silencio—. ¿Qué crees que nos darán para comer? —zanja Valentín.

—Ojalá que macarrones.

***

Mientras esto ocurre de camino al comedor de Caramba, un abuelo y un hijo van en un coche precisamente hacia el circo Caramba. Y no de muy buen humor que se diga. Sobre todo el señor Rumbero.



—¿Vas a estar todo el viaje sin hablarme? —le pregunta el abuelo.

—(Silencio).

—Lo he hecho por el bien del chico, hijo. Necesita valerse por sí mismo. Y tú se lo haces todo, lo tienes asfixiado.

—Sí, claro, tú como siempre, dejando a los demás que se rompan la crisma porque no pasa nada, ¿no? Ya aprenderán a base de golpes. Ese es tu lema.

—Hijo, no hables así.

—Pues claro que hablo así. Yo no quiero que mi hijo se caiga de un árbol y se rompa el brazo como me pasó a mí cuando tenía siete años. ¿Y por qué? Porque tú no estabas cuidándome. Eras tan confiado...

—Hijo, claro que te cuidábamos, pero un niño tiene que experimentar por su cuenta. Y caerse de vez en cuando para aprender a levantarse.

—Ya, por eso me rompí el brazo y varias veces el tobillo, y luego ya lo de las luces de Navidad... No quiero seguir hablando.

—Vale, no hablemos más. Pero mi última palabra es que lo he hecho por el bien de tu hijo.

***

¡Qué casualidad! Hay macarrones para comer, y eso pone de mejor humor a Sofía, que por un rato se ha olvidado de lo que venía después, el cable, el equilibrio, las alturas... Sin embargo, Valentín lo está deseando, con esa mezcla entre cosquillas y miedo que tan bien conoce. Cuando se le viene la imagen de su padre a la cabeza, pega un manotazo al aire y hace que desaparezca de su mente. Lo que no sabe es que dentro de poco tiempo él y su abuelo van a aparecer por aquella puerta que separa la carpa del mundo.

Ha llegado la hora de la verdad.

—¡Chicas, chicos, a la carpaaaa! Cada uno a su grupo. ¡Tú, tú, tú, tú y tú, al cable!

El cable está alto, pero no muchísimo. Bajo, pero no tanto. Lo que está claro es que da cantidad de impresión subirse allí arriba y pensar que uno solo, sin ayuda, tiene que atravesarlo hasta

el otro lado. Menos mal que en el suelo, justo debajo, hay una enorme colchoneta blandita que los va a proteger en el caso de que se precipiten al vacío. Controlado. Está todo controlado.

El primero en subirse es un tal Cuco, que empieza a deslizar sus pies con mucho cuidado, y lo hace bien, ¿eh?, pero está más pendiente de decirles a los amigos que cómo mola estar allí arriba, y enseguida se cae a la colchoneta. La segunda es una tal Elisa. Esta sí que está concentrada haciendo mucho caso al monitor, que le dice que haga equilibrio con los brazos y que se mire la punta de los pies. Pero se los ha debido de mirar tanto, que al poco se ha caído también sobre la colchoneta. La tercera es una tal Estrella. Se le da bien andar subida a las alturas, porque ha cruzado el cable muy seria, como si fuera al colegio todos los días andando por los cables de la luz. Hay una gran ovación cuando llega hasta el final. Con reverencia incluida. La cuarta en subir... ya por fin es Sofía. Si la miráramos de perfil, la veríamos encogida, chepuda y mordiéndose las uñas a todo meter.

—Yo es que no, yo es que no —le susurra a Valentín—. No puedo subir allí arriba. Me voy a matar.

—Venga, Sofía, que tú puedes. Tú lo intentas, y si pierdes el equilibrio no pasa nada, aterrizas en blandito. Debe molar caerse en la colchoneta.

—Que no, que yo no.

—Venga, Sofía, ¿a qué esperas? —le dice el monitor.

—Un momento, profe, que subo yo delante de ella y así la ayudo.

—Como quieras, Valentín. Venga, tú detrás, Sofía. Ánimo, que tú puedes.

Y allí que se suben. Apenas han avanzado unos pasitos, ¿quién aparece por la puerta que separa la carpa del resto del mundo? Pues el señor Rumbero y el abuelo Fermín. Cuando el señor Rumbero ve a su hijo ahí subido a lo alto, empieza a gritar como si le hubieran dado cuerda:

—¡Valentín, hijo! ¡Bájate de ahí! ¡Te vas a matar! ¡Es que no hay nadie que baje a mi hijo de ahí arriba? ¡¡Socorro!! ¡¡Esto es increíble!!! ¡No lo puedo soportar!


V

El abuelo trata de agarrarlo del brazo, pero no puede evitar que su hijo salga corriendo, se suba por las escalerillas al cable y, todo nerviosito, trate de llegar a donde está Valentín. Pero antes se encuentra con Sofía en medio y tiene que sortearla. ¿Resultado? Se van los tres a la colchoneta, claro. Momento de silencio en la carpa por la aparición de aquel ser humano que parece venir de otra galaxia voceando y pidiendo socorro. Más silencio hasta que alguien se atreve a hablar.

—Perdonen ustedes —dice el abuelo, que está apoyado en su bastón.

Pero antes de que siga hablando, Valentín se levanta con energía y se dirige a su padre:

—Papá, déjame, hoy no te necesito. Sofía, vamos a subir otra vez ahí arriba y pasamos el cable del tirón. Vente conmigo.

—No, hijo, no puedes ponerte en peligro de esa manera tan tonta. ¿Para qué?

—Porque me gusta mucho y quiero aprender, papá. Para aprender, tendré que caerme alguna vez, ¿no? Y no me caigo al vacío, sino sobre una colchoneta. Tú mismo lo has comprobado.

—Hijo, yo es que no quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada, papá. Venga, Sofía, vamos.

Los dos vuelven a subir las escalerillas hasta llegar al cable. Taaaaan negro. Taaaaan recto. Primero Valentín y detrás Sofía, ponen un pie sobre él y poco a poco van avanzando despacio. Valentín parece muy seguro y le dice palabras de ánimo a ella. Allá abajo, el señor Rumbero se ha quedado sin habla. Primero un pie, luego el otro, un pie y luego el otro, haciendo equilibrio con las manos. Sofía avanza siete pasitos o así y... ¡plaaaf! Se cae. Valentín se queda parado. No sabe qué hacer. Pero en ese momento, los pajaritos aquellos del cable pintado a carboncillo le susurran al oído («¡¡¡Píííío!!! Venga, Valentín, ¡píííío!»). Respira hondo y sigue andando ya él solo, bajo la atenta mirada de todos, de su padre, de su abuelo, y el cable que tiene a sus pies se va haciendo cada vez más y más corto hasta que por fin llega al otro extremo.

«¡Guau! Qué sensación. Es como ir flotando por el aire. Quiero hacerlo otra vez», se dice, aunque nadie lo puede oír.

De repente, ¡¡plas, plas, plas!!, ¡gran ovación! Los aplausos lo sacan de su ensimismamiento, y se da cuenta de que su padre está ahí

abajo, con la cara tapada con las manos. Y Sofía a su lado, dándole unas palmaditas en el hombro. Tiene que bajar inmediatamente y consolar a su padre. Menuda locura acaba de hacer. Cuando llega abajo, su padre lo estruja entre sus brazos, lo estruja tanto que le deja casi sin respiración. Con ese abrazo está claro que su padre le quiere decir algo que no se expresa con palabras.

—Hijo, yo...

—Papá, yo...

Y lo vuelve a estrujar, porque... pues eso, que hay cosas que no se dicen con palabras. Cuando consigue deshacerse de los brazos de su padre, ve a Sofía ahí al lado.

—Qué pasa, niñito, lo has conseguido, ¿eh? La que has montado en un momento.

—¿Y tú? No has llegado hasta el final.

—No importa, no se puede ser perfecta. Yo soy un crack en malabares. Y tú por lo visto en el cable, qué se le va a hacer. Y parece que a tu abuelo también le gusta. ¿Es que estáis un poco tarados

en tu familia? —le dice Sofía con cara de asombro y mirando hacia arriba.

Mientras todos estaban entretenidos, el abuelo se ha subido al cable y ahí está, haciendo equilibrio con su bastón.

—Pero abuelo, ¿qué haces? —le grita su nieto.

—Déjalo —le dice el señor Rumbero a su hijo—. Deja que haga lo que quiera. Esa es su filosofía. Y creo que no le ha ido del todo mal en la vida.

Un montón de ojos observan desde abajo cómo el abuelo Fermín va avanzando poco a poco. La carpa entera se ha quedado en silencio. Tres pasitos hacia delante y dos hacia atrás, y así hasta que pone el pie al otro extremo del cable. Otra ovación retumba de lado a lado de la carpa y el abuelo no para de hacer reverencias, como si fuera un auténtico artista.

—¡¡Cómo mola tu abuelo!! —le dice Sofía y otros tantos niños que se han acercado a él y no hacen más que darle palmaditas en el hombro—. ¡¡Mola cantidad!!

Claro que mola su abuelo, él ya lo sabe.

***

Tres días después de haber vuelto de Caramba, Valentín mira por la ventana. La señorita Fina les está explicando la flora y la vegetación de la zona cantábrica. Sobre el tendido de la luz, se posa un pajarito. Valentín se imagina que es él, y se ve haciendo un mortal hacia delante, otro hacia atrás, y vuelve a caer sobre el mismo cable. Se le escapa una risita un tanto escandalosa.

—¿Quieres compartir con nosotros eso tan divertido, Valentín? —le dice la profe.

—Nada, nada, es que me estaba acordando de una cosa...

—Bueno, chicos, es ya la hora del recreo. Todos al patio.

Valentín busca en su mochila el bocadillo. «¡Me lo he vuelto a olvidar!», pero se sonríe porque sabe que esta vez su padre no vendrá a traérselo. Después busca en el bolsillo de su pantalón. Ahí tiene un papel arrugado: es el teléfono de Sofía, que guarda como un tesoro. Está deseando salir al recreo para encontrarse con ella.

Si miramos a Valentín de perfil, veremos una sonrisa que le llega exactamente hasta la oreja. En cuatro palabras, es un niño feliz.


CIRCO CARAMBA
presenta:
EL GRAN FUNAMBULISTA
VALENTÍN
RUMBERO

Cuento sobre autonomía y responsabilidad

Cuatro pájaros y un pato sobre el cable de la luz

El objetivo de esta publicación es aportar a padres y madres un recurso lúdico para promover y fomentar la autonomía y la responsabilidad en sus hijos e hijas de entre 6 y 12 años.

Mediante la lectura compartida del cuento, y de los sucesos que viven sus personajes, padres y madres podrán abordar este tema fomentando el diálogo y la reflexión conjunta sobre las diferentes actitudes, valores y comportamientos que favorecen el desarrollo personal y emocional de sus hijos e hijas.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD
POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

CEAPA

Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es